

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO

ORIENTACIÓN DE LA ARQUITECTURA LOCAL

DISCURSO

LEÍDO POR EL

SR. D. ÁLVARO GONZÁLEZ SAZ

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y CONTESTACIÓN DEL

SR. D. ADOLFO ARAGONÉS DE LA ENCARNACIÓN

EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1918



TOLEDO

IMPRENTA VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ

LUCIO, 8 Y 10, TELÉFONO 32

1918

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO

ORIENTACIÓN DE LA ARQUITECTURA LOCAL

DISCURSO

LEÍDO POR EL

SR. D. ÁLVARO GONZÁLEZ SAZ

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y CONTESTACIÓN DEL

SR. D. ADOLFO ARAGONÉS DE LA ENCARNACIÓN

EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1918



TOLEDO

IMPRENTA VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ

LUCIO, 8 Y 10, TELÉFONO 32

1918

DISCURSO
DEL
SR. D. ÁLVARO GONZÁLEZ SAZ

SRES. ACADÉMICOS:

Fuera lugar común, de que se abusó desmedidamente en casos como el actual, que yo alegase escasez de méritos para ocupar el cargo de Académico con que tuvisteis a bien designarme. Ni yo puedo ser juez y parte en esta cuestión, entrando a definir merecimientos propios, ni fuera oportuno pago a vuestra deferencia comenzar acusándoos un desacierto, aun teniendo la convicción de su existencia. Pero si la bien entendida discreción me veda esgrimir semejante tópico, la efectividad del favor recibido me obliga indeclinablemente a formular una manifestación previa con el carácter de publicidad y solemnidad del acto que nos congrega. La de mi agradecimiento profundo e imperecedero por la amistad que desde hace tiempo me dispensáis y que, dando magnitud excesiva a las valoraciones espirituales de condicionalidad que merecidamente podéis ostentar todos y son razón única para figurar entre vosotros, influyeron en la elección y permitió mi acceso a esta docta casa.

Cuando en 19 de Noviembre de 1917 fuí nombrado Académico Correspondiente, me sentí tan satisfecho por ello, que dí por terminado el cielo de mis aspiraciones. Consideraba aquella distinción como el mayor galardón de mi carrera; porque a partir de la citada fecha, mi nombre figuraría enlazado, al mismo tiempo que con otros muy prestigiosos en la Historia y en las Bellas Artes, con los que

fueron respetados maestros míos y compañeros queridísimos. Y si experimenté tamaño júbilo con aquella distinción primera, inicial de la que acabáis de otorgarme, fácil os será considerar el estado de mi espíritu una vez noticioso de que esa misma amistad y benevolencia os llevaron a designarme para ocupar la plaza de Numerario que dejó vacante nuestro compañero de ayer el Ilmo. Sr. D. Ramón Guerra y Cortés, cuya sustitución, en el sentido amplio y más comprensivo de esta palabra, me será imposible.

*
* *

Entre las obligaciones impuestas a todo recipiendario, está la de leer un trabajo de tema libre, pero concomitante con las iniciativas y fines de la Academia, en cuyo trabajo es práctica consagrada, ya casi con la categoría de ley, intercalar, previamente, biografías, más o menos apolo-gísticas y extensas, del Académico precedente que ocasionó la vacante.

Lo primero me plantea una cuestión de suma gravedad: Porque, cómo tropezar con algo ideológico en el amplio mundo de las relaciones humanas, de que se nutre la Historia o en las sensibles manifestaciones de la Belleza, que busca su signo de expresión en las denominadas Bellas Artes, que pueda nunca sorprender—porque pretenderlo sería absurdo—pero al menos interesar la sólida cultura de todos vosotros en una y otra forma de producción de la inteligencia o el sentimiento?

Del mismo modo, los trabajos biográficos no son ni pueden ser simples enumeraciones accidentales de hechos que nada dirían, en este caso, ni a la Ciencia ni al Arte, a que tan poderosamente contribuyen. Para que merezcan tal nombre, exigen determinadas condiciones en el que los acomete. Ante todo una finísima percepción para aprehenderlos, ver-

dadero sentido selectivo para utilizarlos, y después, aunque muy especialmente, temperamento artístico en la exposición; ser poseyente en mayor o menor grado de ese sutil e imperceptible hilillo con que el genio establece unión sólida y perdurable entre el mundo de la idea y de la forma.

Pesad, pues, desapasionadamente, dificultades y condiciones, y preparáos una vez más a prodigar benevolencia, ya que me veo obligado a cumplir ambos deberes en la modesta esfera de mis aptitudes.

*
* *

Nada tan elástico, tan espontáneo para transformar sus dimensiones, en sentido de restricción o amplitud, como el contenido de la Historia. Un hecho transcendentalísimo para la vida de la humanidad—por ejemplo: la vuelta de César a Roma como vencedor de las Galias, el descubrimiento de América, el juramento del tercer estado en el juego de pelota en 1789, el paso de un orden arquitectónico a otro más evolucionado, de mayor perfección y espiritualidad, etc.— puede ser sólo una cita culta o un tratado completo, puede describirse en muy contadas páginas u ocupar todo el lugar de caja de varios volúmenes. Todo estriba en la lente de observación aplicada al fenómeno, en el temperamento científico o artístico del observador y en la finalidad perseguida por este último. La biografía, como forma particularizada de la historia, no puede por lo tanto sustraerse a esa ley. Y si el hombre, aislado de toda relación con el mundo exterior, es, como dice la expresión semiaforística que todos conocéis, un pequeño cosmos, la complejidad del mismo aumenta y se hace más difícil de interpretar en el conjunto de sus manifestaciones sociales. De aquí la primera dificultad que se me presenta para cumplir mi cometido de un modo satisfactorio.

Informaros de la personalidad de mi predecesor, es tarea fácil y difícil, según demostraré brevemente, aunque la anti-

nomia formal que brota de la afirmación os haga recordar el principio lógico de contradicción, según el cual una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo, y me declaréis incurso en paradoja. Fácil, porque bastaría citar el nombre de su persona dentro del ámbito de esta Academia y fuera de ella, para que el sentir común prestara asentimiento a la exaltación. Tales son los méritos contraídos por su profunda labor intelectual y moral, de pública fama, sus honestas costumbres, su atracción personal, sus virtudes y sus desvelos en favor del engrandecimiento de la Ciencia, el Arte y la cultura nacionales. Difícil, porque para buscar en las reconditeces de tan honorable vida, sería preciso ocupar mucho tiempo y un trabajo abrumador, catalogando hechos numerosos y discutiendo cada uno de ellos hasta establecer sus efectivos valores psicológicos o sociológicos, cosa ésta que, por difusa, habría de seros penosa y, sobre todo, no proporcionada con el acto de motivación.

Por eso juzgo innecesario señalar las etapas de su vida laboriosa y omito detalles que todos conocéis, callando los éxitos y premios de carácter docente que obtuvo en su carrera; los cargos delicadísimos desempeñados durante la misma; sus procederres de caridad y filantropía; su dominio de las lenguas sabias, que tanto contribuyen al exacto conocimiento de la Historia; sus trabajos y desvelos por el prestigio y la afirmación de esta Academia, a cuyo nacimiento virtualmente supo contribuir; su afición por todas las manifestaciones del arte.....

Pero sobre lo que no cabe duda es sobre la culminante personalidad del Sr. Guerra Cortés. Muy joven aún, inició sus estudios en el Seminario Conciliar toledano, haciendo destacar sus merecimientos. Y del mismo modo que las altas presiones determinan la cristalización del carbono hasta prestarle la estimada calificación de primera entre las piedras preciosas, y cuando el pulimento traza sus exagonales super-

ficies llamando a sí los rayos luminosos, los refleja en una explosión de brillantes tonalidades, aquella vida de trabajo perseverante y fecundo, dando solidez al pensamiento, potenció su estimación, y cuando después, en sus relaciones de vida, estableció contacto con ésta, quedamos asombrados por el fúlgido destello de sus emanaciones, consagrándole el hombre de ciencia, el sociólogo, el orador y el artista que todos conocéis.

Consignar estos juicios de común asentimiento, rendir el justo tributo de admiración y cariño al compañero ausente que me precedió entre vosotros, originando la vacante que tan bondadosamente me habéis concedido, y que sólo será debidamente provista con la vuelta del Sr. Guerra Cortés, es deber al que no pude ni quise sustraerme, ya que en este caso, la costumbre, la cortesía, la equidad y mi gusto, corrieron solidarizados y armónicos, en un común precepto y con idéntico pensamiento.

*
**

Cumplidos mis deberes para con la Academia y el compañero, procede que informe sobre un tema cualquiera relacionado con las Bellas Artes, pues así lo previenen las reglas estatutorias que a todos nos obligan; y aunque siento deseos de hacerlos observar nuevamente el mismo escrúpulo que os expuse al comienzo, esto es, la dificultad de encontrar un asunto, un tema discursivo que interese vuestra cultura y atención, me abstengo de ello por temor de que tales escrúpulos sean interpretados como repugnancia o miedo para cumplir el deber contraído y que acepté gozosa y voluntariamente. Me ocuparé, pues, del estado actual del arte arquitectónico en Toledo y el concepto común y equivocado, a mi juicio, que del mismo se tiene.

*
**

Con mayores o menores aptitudes para el Arte en general, y especialmente el que se relaciona con la línea, el color y el conjunto, sentí inclinaciones irresistibles que me impulsaron a su cultivo. Desde mis primeros años asistí a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, al mismo tiempo que los Zubiaurre, Hermoso, Castaños y otros. Más adelante hube de elegir una profesión; y, como era natural, dados estos antecedentes, lo hice de aquella que se relacionaba por modo más directo con el arte puro, simultaneando los estudios científicos con los artísticos, en la forma y manera que permitían mis obligaciones escolares, temeroso de abandonar aquel ambiente en que tan plácida y gustosamente se hallaba mi espíritu. Diez años de la vida pasada transcurrieron en semejante saturación, cambiando el medio de la Escuela de Arquitectura por el Casón y el Museo de Pinturas; y no podéis figuraros la pena, el sentimiento que me produjo la terminación de mis estudios, cuando llegado el momento de la reválida, tan agradable soñado y esperado en otros aspectos, comprendí que tocaba la hora de separarme, de un modo casi definitivo, de aquellos admirados y queridísimos compañeros que, en brazos del gusto y la inspiración, afrontaban el porvenir en trayectoria distinta, fija la mirada en la gloria, la voluntad en sus lápices y en sus pinceles, y ya orladas las frentes juveniles por las tempranas y nacientes hojas del laurel, que se entrelazan para orlar sus nombres. Este perseverante comercio de ideas, de gustos y de maneras de hacer el arte, ha sido causa de muchos fracasos internos en los comienzos de mi carrera. Porque sugestionado por la aspiración de unir lo sentido con lo que intentaba expresar, apenas planeado un estudio, lo desechaba contrariado, por disconforme con el modelo ideal que, acusando sus líneas todavía borrosas e imprecisas, se agitaba en lo más recóndito del propio pensamiento.

Educado en este ambiente, la suerte me deparó el ejer-

cicio profesional en Toledo, reafirmandose con ello mis ilusiones. Mas, si he de seros franco, la satisfacción experimentada no era exenta de zozobras. Aunque no había visitado nunca Toledo, conocía sus aspectos histórico, arquitectónico y poético. Su existencia ha sabido llenar copiosas y brillantes páginas de la vida patria; sus edificios guardan cuidadosos la pátina de las generaciones que les dieron vida, siendo estímulo a la curiosidad y obligado motivo de todas las colecciones gráficas; su ambiente, su vida y especial psicología, particular y colectiva, lograron espiritualizarse y adquirir un lugar en el comercio de las ideas, por obra del peculiar modo de sentir y describir de Gustavo Adolfo Bécquer y del poderoso estro y la riqueza imaginativa del gran Zorrilla. Y hoy, después de conocerla y estudiarla, puedo decir que a medida que profundizo este conocimiento, siento mayores temores para proyectar y construir, por estas dos razones: la indiferencia del espíritu toledano para su arte peculiar y propio, para su arte local, y la rebeldía de los artistas de Toledo para reconocer el arte especial y típico, no ya de la localidad, de cada barrio y aun de cada calle, sometiéndose en cambio, con facilidad inexplicable, al criterio de los propietarios, formado, a su vez, a espaldas del arte, por la importación perjudicialísima, en este caso, de catálogos y fotografías, de que aquellos artistas pueden decirse responsables por el pecado de importación.

*
* *

No trato de formular censuras; pero llevad la vista y el pensamiento, ya que la memoria es facultad reproductora que permite esta comprobación ideal, hacia las edificaciones modernas de Toledo, y comprobaréis inmediatamente sus defectos artísticos. El más profano en estas materias, si no carece de gusto y cultura elementales, observará dos errores

inmediatamente manifiestos. La importación de ese gusto francés exótico, plagado de barroquismos, que consiguió imponérsenos con detrimento de nuestra tradición arquitectónica, anulando las manifestaciones espontáneas de ese gusto regional o local que tan imprescindible debiera ser para nosotros, y la defectuosa interpretación y desarrollo de los escasísimos ensayos que se hicieron para su renacimiento. El primer error es fácilmente subsanable. Basta que mis compañeros, los Arquitectos, detengan su atención en él, para que encaminando esfuerzos y aptitudes en dirección contraria al mismo, contribuyan vigorosa y radicalmente a su desaparición. La competencia, técnica y artística de todos ellos, es garantía segura de renovación. Mas el segundo, la desarmonía entre el conjunto y detalles de la obra, agravada por el exceso de revocos, imitativos en pintura de la construcción que ocultan, recargando esta pintura con ornamentos y decorados de yeso, cuyos detalles fueron proyectados para un emplazamiento muy distinto al que les corresponde y que por su generalidad fuera y dentro de nuestra urbe refluye poderosamente en la arquitectura local, tanto acertada y de tradición como importada e imitativa, necesita estudiarse en sus causas para subvenir al remedio. Porque si analizamos específicamente cada uno de los momentos de ejecución, observamos en la mayoría de los casos, que si bien la técnica empleada es muy aceptable y con frecuencia exacta, en cambio la elección de modelos varía perniciosamente y tiene filiación en escuelas, épocas y gustos de localidad diversos y totalmente diferenciados.

¿Qué podemos deducir de todo ello? Una verdad inconcusa y totalmente desconsoladora. El desconocimiento más o menos reflexivo, el olvido o la falta de hábito para lo que debe ser pensamiento capital del arte de construir. Esto es: para la interpretación y desarrollo del tema arquitectónico que denominamos conjunto, momentos ambos—el de la

interpretación y el desarrollo—que en la biología del arte han de absorber la atención del artista encargado de ellos, si desea que su producción material destaque del marco de vulgaridad que presentan la mayoría de nuestras poblaciones urbanas.

*
* *

¿Cuáles son las verdaderas determinantes de este fenómeno comprobado y observable que viene a mediatizar la armonía, que con la unidad y la variedad, forma la ley imprescindible, los caracteres esenciales de toda manifestación bella?

Un análisis lógico superficial nos llevaría a la deducción de que la responsabilidad de semejante proceder decadente, ha de recaer sobre el Arquitecto que proyecta el conjunto o sobre los artistas que ejecutan sus detalles o recíprocamente sobre uno y otros.

Tales son las hipótesis racionales que se precisa verificar por método inverso para convencernos de la legitimidad o la inconsistencia de la deducción.

Si visitáis las Escuelas de Arquitectura y esta visita coincide con la exposición de los trabajos de curso presentados a examen, obtendréis una impresión contraria al primer supuesto, porque dichos trabajos son prenda pretoria de un gran resurgimiento artístico, cuyos frutos seguros se presentan en total estado de madurez, a juzgar por los proyectos de conjuntos que contemplaréis admirados. Ahora, si inmediatamente después de ello hacéis análoga visita a las Escuelas de Pintura y Escultura o a cualquiera de las de Artes y Oficios, la impresión obtenida no será menos favorable. En ellas contemplaréis detalles estimadísimos y perfectamente ejecutados, suficientes para desechar la hipótesis segunda, respecto a la responsabilidad de sus artistas en la decadencia y el mal gusto dominantes.

Juzgando separadamente ambas fuentes productoras del arte, exploradas con el ansia de adquirir una documentación sólida sobre las maneras de elaborarse, os sentiréis satisfechos.

Tenemos Arte de Arquitectura para el porvenir—os diréis—puesto que existen poderosos, inspirados y vibrantes sus elementos de integración. Indudablemente, la decadencia que todos lamentamos no será en lo sucesivo culpa de los Arquitectos, ni de los artistas, cuyas facultades creadoras y aptitudes para la ejecución, son incuestionables. Pero yo os replico: desgraciadamente continuará la decadencia del arte arquitectónico, porque eso mismo que acabáis de comprobar, viene ocurriendo desde hace luengos años, según elocuentemente podrían demostraros los archivos de las respectivas Escuelas.

Y como por lógica natural y para calmar vuestras ansias de investigación, habréis de hacerme la pregunta consiguiente sobre las causas de ello, antes de contestaros de una manera categórica, acompañadme en el análisis que es necesario hacer de cómo se estudia en unas y otras Escuelas de Arquitectura, Pintura y Escultura y Artes y Oficios. Después de realizado este análisis, será más comprensible y fácil la contestación.

*
* *

Toda idea simple o compleja—concepto y pensamiento que dicen los lógicos—necesita para manifestarse a la vida y en la vida, un signo representativo que la comunique y generalice. Este signo, natural y común, es el lenguaje. Pero aparte de ello, la Ciencia, la Religión, el Arte, la pasión, el dolor, etc., tienen su lenguaje específico, que no es otra cosa sino la forma peculiar y particularizada de expresar los momentos ideales de mayor culminación. La Ciencia, sus

aforismos, axiomas, fórmulas y sistema de dialéctica; la Religión, sus ritos y prácticas encaminados a la oración; el Arte, sus escuelas, estilos y maneras; la pasión, sus gritos y exclamaciones de entusiasmo; el dolor, el sollozo y las lágrimas. Pues, bien: los centros educadores donde el Arquitecto se forma por el cultivo de la Ciencia y el aprendizaje del Arte y los de Pintura, Escultura y Artes y Oficios, expresan sus ideas respectivas con lenguaje diferente. La Arquitectura proyecta y concibe sus obras como en las mejores épocas, partiendo de la sumisión de las demás artes que la auxilian en el idioma universal, que debe ser común a todos; y la Pintura, Escultura, Artes y Oficios, observan un criterio exclusivo y se expresan para la concepción y desarrollo de sus proyectos parciales en un idioma especial, extraño para los demás. De aquí la ininteligencia y la desarmonía de producciones. El Arquitecto, al entregar su obra a cada una de las distintas artes complementarias para que le presten la necesaria cooperación, tropieza con la dificultad de que cada una de éstas, en lugar de leerla en el lenguaje en que está escrita, la traduce al suyo, omitiendo muchas veces esos giros que representan verdaderas exquisiteces de expresión y desnaturalizan el pensamiento total y armónico de lo concebido, contribuyendo de este modo, al fracaso de la obra.

La deducción lógica de ello, es contestar afirmativamente al tercer supuesto. Esto es: que la causa de la decadencia artística que se observa en materia de construcción, obedece conjuntamente lo mismo al Arquitecto que proyecta el conjunto de lo construído, que a los artistas que desarrollan los detalles. Pero no a causa de una intencionada contraposición de ideas y voluntades, sino por defecto de las respectivas educaciones técnicas que, gravitando sobre unos y otros, les llevan a resultados de expresión desemejantes. Y aún viene agravada esta cuestión con el industrialismo dominante, porque en la mayoría de los casos, el Arquitecto, por ley de

absoluta necesidad, no puede proyectar un conjunto cuyos detalles han de crearse *a posteriori*, en armonía y con sujeción al mismo, sino que invirtiendo absurdamente los términos, ha de tener en cuenta los tipos y trabajos de fábricas e industrias para elaborar su pensamiento, sometiendo el conjunto a los detalles, con certísimo menoscabo para la vigorosa rotundez de la expresión y valor artístico de lo concebido.

Quizás me calificuéis de exagerado. Mas a poco que analicéis la cuestión, habréis de confluír conmigo en la apreciación del hecho, esto es, la desemejanza de disciplinas educadoras. Y como la práctica impone la unión de los caracteres rebeldes de la una y el sentido absorbente de la otra, se hace imposible la coordinación de pensamiento, el acuerdo artístico, y se produce el fracaso. Bien conozco la objeción que puede hacérseme. La interpretación del Arte—me diréis—es y puede ser varia en cada artista, sin que por ello sea lícito la calificación de rebeldía, porque precisamente si varios piensan e interpretan en forma análoga, se produce lo que denominamos escuela, que, en último término, no es sino una traba preexistente del pensamiento y la inspiración del artista, generadora del sello que estigmatiza las formas amaneradas. Pero en el caso presente, al buscar la conjunción de ideales, de gustos y de procedimientos que ha de conducirnos a que renazca o se forme—para el caso es lo mismo y la aceptación de una u otra palabra daría origen a una disquisición sobre la historia del Arte que juzgo inoportuna—un patrón artístico que sirva de instrumento adecuado para producir arquitectura toledana.

*
* *

No creo que mis palabras de sinceridad puedan interpretarse, y menos aún por vosotros, en sentido habilidoso de

disculpa, encaminado a justificar esos fracasos profesionales, que se traducen en la falta de arquitectura local de casi todas nuestras regiones españolas. Las causas indicadas son de una certeza abrumadora y de observación inmediata. Como es también cierto, que fuera de nuestra jurisdicción territorial se siente más intensamente que dentro de casa la aspiración y el cultivo de un arte de arquitectura propio, que muestre al extraño la verdadera fisonomía espiritual del pueblo o del país que lo produce. Recorred, no las importantes poblaciones, sino los pueblecillos insignificantes y atractivos de Holanda, Alemania, Bélgica, y aun la misma Francia; los grandes burgos de Inglaterra y Escocia, y no por las costumbres, ni por el paisaje, ni por el clima, ni por los trajes, más o menos pintorescos y exóticos, sino por el sabor y factura de sus edificios, que son exposición material y singularísima del alma que les inspiró vida, os daréis cuenta exacta de la situación geográfica de cada uno. Y es porque, además de la presión que sufre su conciencia colectiva a favor de sus formas arquitectónicas, que pudiéramos decir territoriales, por lo específico y particularizado, como dice con gran exactitud Ganivet en su *Granada la Bella*: «Existe en Europa, y en el momento actual, una fuerte reacción contra el mal gusto, y todas las ciudades que tienen tradiciones artísticas, se esfuerzan por mil medios para sostenerlas y no caer en el montón anónimo.»

Tal fué mi aspiración de siempre: hacer arquitectura local. Aspiración robustecida y singularizada, cuando al convivir entre vosotros paladeé en su propia fuente la tradición histórica que gravita sobre esta ciudad, en cuyo respeto y conservación debemos poner todos cuidado exquisito.

Dicha aspiración, el modo peculiar que tengo de sentir la Arquitectura, la persistencia, quizá inocente, en provocar necesarios renacimientos de una vida y de un gusto, más olvidados de lo que debieran serlo, me hizo estudiar el pro-

blema en todos sus aspectos, y conocidas las causas generales, investigar el modo de que rediviva y se organice una política de arte, encaminada a disciplinar los medios de «*hacer Arquitectura en Toledo.*»

Como dije anteriormente, en lo que respecta a mis compañeros, los Arquitectos, no ha de tropezarse con dificultad alguna. Ellos fijarán su atención en la necesidad, contribuyendo a ella. El *quid*, la solución, estriba en que los artistas toledanos, que son los llamados a interpretar los detalles y la ejecución de todo proyecto que se inspire en el expresado sentido, se incorporen y asimilen ese lenguaje universal del Arte en que se expresa el Arquitecto al proyectar el conjunto.

¿Es posible ésto, dados los elementos que contribuyen a la educación de los citados artistas? Yo creo que no. Yo creo que se precisa una rectificación fundamental de orientaciones y procedimientos pedagógicos respecto a los mismos, a fin de que éstos puedan rendir el verdadero producto de cooperación que sus aptitudes y su temperamento artístico prometen y hacen esperar. Y como no existe otro centro cultural en Toledo que la Escuela de Artes y Oficios, en ella hemos de fijarnos al bucear en el problema que nos plantea la cuestión fundamental cuyo motivo me propuse.

*
* *

Empleemos los métodos de discusión matemática con que establecí familiaridad, por hábitos profesionales de los cuales no es fácil prescindir. Y partiendo de ello, consideremos la investigación, cuya necesidad acabo de indicaros, como un problema cuyos datos han de ser establecidos con precisión absoluta para determinar la incógnita que nos conduzca a la solución. Estos datos son tres, enlazados uno a otro en perfecta relación de continuidad. Los conocimientos que la Escuela proporciona, determinados en su cuadro de asigna-

turas; la extensión de dichos conocimientos, y el profesorado en la función de enseñanza que les es privativa.

Las asignaturas y conocimientos que se estudian en el mencionado Centro son las siguientes:

Teórico-artísticas.—Gramática y Caligrafía, Aritmética y Geometría, Mecánica, Física y Química. Dibujo lineal y elementos de construcción, Dibujo artístico, modelado y vaciado. Teoría del arte y concepto de las artes decorativas. Composición decorativa (pintura) y Composición decorativa (escultura).

Técnicas y de aplicación.—Encajes, Carpintería artística, Cerámica, Vidriería artística y Metalistería.

La extensión de conocimientos está íntimamente relacionada con los enunciados respectivos y las exigencias de la vida real; y respecto al Profesorado, nadie ha de poner en duda su competencia. Pero precisamente este punto, de muy difícil tratamiento, es sobre el que me propongo discutir ante vosotros.

Los dos primeros datos—los conocimientos que proporciona la Escuela y su extensión—son completos en la forma y en la sustancia, apropiados a las necesidades profesionales y las exigencias de la vida real. Por lo tanto, sería ilícito imputarles un sentido de oposición o dificultad para el ideal perseguido. El tercero—el relativo al Profesorado en la función de enseñanza que le es propia—y que a mi juicio es el de mayor importancia, ofrece caracteres diferentes, aun cuando no por culpa del mismo Profesorado, con el que me une comunidad de aspiraciones para el fin artístico que conjuntamente perseguimos y una recíproca consideración que aleja toda idea de molestia para el mismo en cuanto a la significación de mis palabras sobre las virtualidades de su especial acción en el asunto que nos ocupa.

Competencia, no ya legal, sino demostrada y apreciable, existe en todo el Profesorado de nuestra Escuela de Artes y

Oficios. Mas esta competencia está localizada en cada uno de los Profesores sin nexo ni lazo de unión que la discipline en forma sistematizada. Usando un símil musical, pudiera decirse que dicho Profesorado es un admirable concurso de solistas, en el que cada instrumento aislado hace filigranas de técnica y de ejecución, sin haber cuenta de la necesidad del conjunto que los armonice, y como es natural y lógico, los alumnos educados en tales procedimientos de independencia, resultan al terminar esta educación otros tantos solistas rebeldes a la disciplina de la batuta directora. Esto es: a la colaboración artística sistematizada de que tanto necesita la arquitectura para realizar su misión de dar plasticidad a sus concepciones en el tiempo y en el espacio.

Ahora bien: semejante colaboración, ¿existe en la actualidad? ¿Puede ni aun siquiera predecirse tal existencia para el porvenir, dada la organización oficial de la enseñanza de las artes respectivas? Yo creo que no, porque no conozco asignatura—en estas Escuelas—que comprenda la técnica de todos los oficios ni, por consecuencia, Profesor encargado de su explicación, a pesar de que esta técnica es necesaria, con cierta relatividad, para la proyección e interpretación del conjunto. Y como se impone la coordinación, y por otra parte, soy enemigo de las integraciones exageradas de las enseñanzas que lo abarcan todo para todos los Centros, lo cual deduce opinión contraria a la creación de la asignatura correspondiente, es necesario investigar el medio que solucione la cuestión sin incurrir en el error de iniciar una enseñanza cuyos resultados no serían otros sino los de dar perdurabilidad al mal reconocido, una vez que, creada la asignatura y designado el Profesor para cada Centro, éste imprimiría en sus alumnos una manera personalísima de proyectar, y tales alumnos sólo desarrollarían proyectos de un Profesor determinado, acostumbrándose a una técnica especial y reducida.

La solución, pues, no hemos de buscarla en la creación

de una enseñanza escolar y especialísima de conjuntos, sino en la orientación y en los auxilios cooperativos de *proyectos de conjuntos*, que pueden ofrecernos los Centros de enseñanza de mayor especialidad en la materia.

*
**

Yo creo—y no consideréis aventurada la creencia—que no existe otro Centro donde pueda adquirirse semejante enseñanza en condiciones pedagógicas de suficiente garantía, que la Escuela de Arquitectura. Ésta especializa la composición arquitectónica, adquirida doctrinalmente en las enseñanzas de «Teoría del Arte» y «Composición Arquitectónica», y la desarrolla, como todos sabéis, en tres cursos prácticos, dejando a los alumnos en libertad para que proyecten con absoluta independencia de criterio. Pues bien; todos estos trabajos, algunos de los cuales tienen verdadero mérito, pasan a los archivos y allí se olvidan, cuando no se pierden. El valor de semejantes trabajos quedó demostrado en la Sala correspondiente de la Exposición de Marzo de 1909, en la que se expusieron los trabajos de los alumnos de las Escuelas de Madrid y Barcelona, los cuales fueron apreciados de tan favorable manera, que hubo total coincidencia de opiniones respecto a la necesidad de que estos certámenes se repitieran periódicamente.

Si en lugar de que dichos trabajos queden ignorados en los archivos, pasaran a las Escuelas de Artes y Oficios, con objeto de que los alumnos de éstas desarrollaran las partes de conjunto de tales proyectos, con la proporcionalidad y el gusto exigidos en los primeros, se habría realizado el paso gigantesco de armonizar las cooperaciones necesarias e imprescindibles para la ciencia y el arte de construir que os hablaba anteriormente. Los alumnos, estimulados de esta manera, trabajarían con mucha más ilusión e interés aún de

como hoy lo hacen. Los de Arquitectura, porque verían desarrollada su obra, aunque en pequeño; conocerían artistas y sería conocido su nombre; los de Artes y Oficios, porque la labor escolar saldría fuera de los límites de la nota de examen, comprobando sus facultades interpretativas de una manera seria y decididamente útil y práctica.

Esta colaboración, que no es nueva fuera de nosotros, la creo totalmente realizable; no lleva alteración alguna a los planes de enseñanza, no merma las atribuciones para el Profesorado ni exige recargos económicos en el presupuesto de Instrucción Pública. Basta para su realidad establecer un procedimiento que permita convertir en utilidad general lo que hoy sólo la tiene particular. Esto es: el de aprovechar los trabajos de curso de Proyectos de las Escuelas de Arquitectura para su desarrollo en las de Artes y Oficios, cuyos alumnos seguirán paso a paso todos los detalles interpretativos de la concepción capital, atendiendo las dificultades observadas en la ejecución, recibiendo enseñanzas de sus colaboradores que proyectaron, conociéndolos para el mañana, aprendiendo a sentir y pensar conjunta y armónicamente con ellos.

Y este procedimiento no había de encontrar obstáculos de parte del Profesorado de las Escuelas respectivas, cuya aceptación considero descontada. En conversaciones particulares habidas con unos y otros, si bien discutimos puntos de detalle que no desvirtúan la fundamental idea, siempre encontré estímulo y adhesión para la misma. Bien es verdad que el pensamiento fué ya consagrado más o menos expresamente en alguna legislación positiva y varios trabajos académicos y literarios. La manera en que se realiza la enseñanza técnica en la Escuela de Artes y Oficios de Budapest, el reciente reglamento de la Escuela de pensionados de Roma y los trabajos de Anasagasti en la *Revista de Arquitectura y Construcción*, relacionados con la materia,

son ejemplo de ello, que pudieran integrar el contenido de una enmienda al tema II del VII Congreso de Arquitectos celebrado en Sevilla en 1917 sobre tan importante cuestión.

*
* *

Y ahora os corresponde preguntar: Si la solución propuesta es realizable, no lleva alteración alguna a los planes de enseñanza, no merma las atribuciones del Profesorado, no exige desembolsos para la economía nacional, ni tampoco tropieza con obstáculos en los Profesorados respectivos, ¿cuál debe ser su forma práctica de adopción?

Os expondré sincera y brevemente cómo opino respecto de esto último que, en definitiva, sólo depende de un intercambio de actividades entre las Escuelas respectivas, innecesario en este caso de consagraciones preceptivas del Poder público, ya que la autonomía de los Centros de Enseñanza que habrán de establecerlo permiten ésta y otras determinaciones análogas.

Admitida la utilidad y la necesidad de colaboración recíproca, la Escuela de Arquitectura podría elegir entre los proyectos de curso y examen los que juzgase mejores, y, a manera de premio, destinarlos a las Escuelas de Artes y Oficios para que estas últimas procediesen al desarrollo de sus detalles, encomendando a los alumnos premiados la dirección del citado desarrollo, aunque sometidos siempre a la autoridad del Profesor a cuyo curso perteneciera el proyecto, el cual señalaría el número de visitas y días de corrección que estimase necesarios. Con respecto a nuestra Escuela de Artes y Oficios, el Profesorado de ella es el llamado a solicitar el intercambio de actividades educadoras que seguramente le sería concedido.

A su vez, la misma Escuela de Artes y Oficios, al recibir los proyectos que se le destinasen para interpretación y des-

arrollo de los detalles, haría la distribución del trabajo entre los alumnos de las distintas clases, según las condiciones de aptitud de éstos; y una vez distribuidos, comunicaría a la Escuela de Arquitectura los nombres de los alumnos designados para colaborar en el desarrollo del proyecto, en el arte respectivo, para que el también alumno autor del trabajo entablase las relaciones artístico-profesionales necesarias y pertinentes para el éxito común. Por otra parte, los Profesores respectivos de la Escuela de Artes y Oficios, vigilarían e intervenirían los trabajos, solucionando cuantas dudas se presentarían al alumno, aunque dejando a éste en libertad de procedimiento y motivos, dentro de la natural y lógica armonía entre conjunto y detalles, señalando el tiempo de desarrollo, número de detalles a desarrollar, y, en suma, cuanto considerase necesario para el mejor éxito de la obra. Estos trabajos constarían de un conjunto—maquette—a pequeña escala, y de los detalles ejecutados en el número y escala que a cada trabajo se señalase, constituyendo con los mismos un museo de Arte Arquitectónico de carácter local, cuya utilidad indiscutible, práctica y artística, no ha de quedar oculta a vuestra competencia.

*
**

Seguramente he resultado excesivamente prolijo y quiero terminar.

No creo pertinente insistir en los argumentos fundamentales empleados para deducir el estado poco satisfactorio de nuestras construcciones locales y la necesidad de una reacción de naturaleza estrictamente artística, que provoque su renacimiento. Asimismo sería pesadez y redundancia reproducir mis puntos de vista en tan vitalísima cuestión y los remedios que considero pertinentes y fáciles para solucionarla. A mi juicio—permitidme la pesadez repetidora—no

hay otro sino el de utilizar la acumulación de energías e inspiraciones atemperadas por la ciencia que nos ofrecen los trabajos de conjunto, curso y examen de las Escuelas de Arquitectura, a fin de que la técnica de sus desarrollos rindan el verdadero producto colaborador, en cuanto a los orígenes de armonía y proporción entre el que proyecta y desarrolla. Si mis razones lograron convencerlos, y de este convencimiento nace la solidaridad en las ideas y la identidad de resoluciones, habremos adelantado mucho camino para redimir decadencias absurdas y extravíos inexplicables. En tal caso, la iniciativa, que por sí misma carece de valor, habría alcanzado la reduplicación virtual y práctica de vuestra autoridad y una segura solución para el porvenir. Pero de cualquier modo, exponiéndola, considero terminada la misión que me impuse y cumplidos mis deberes académicos.

Ahora bien; sería en mí gran desconsideración y una tremenda falta de sentido ético hacer punto final en este trabajo sin daros gracias muy expresivas y sinceras por vuestra cortesía y deferencia. Este agradecimiento se extiende a todos. A los Sres. Académicos que me eligieron para el puesto de gran preeminencia desde el que os dirijo la palabra; a los nuevos compañeros que tan amablemente me acompañan y honran en la presente solemnidad; y por último a los que, sin pertenecer a la docta Corporación, tuvieron la benevolencia de asistir a ella, creyendo seguramente que habían de percibir los aromas de un pensamiento vigoroso y una dicción delicada, siendo así que sólo tropezaron con un bonísimo deseo diluído en muchas, en excesivas palabras, rebeldes casi siempre para modelar la idea significada.

HE DICHO.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

ACADÉMICO DE NÚMERO Y SECRETARIO PERPETUO

D. ADOLFO ARAGONÉS DE LA ENCARNACIÓN

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si en cuantas ocasiones en que me he elevado sobre esta tribuna, para dirigiros la palabra, he sentido cierto azoramiento, porque, al mirar en derredor a tantas prestigiosas personalidades, varones doctísimos en todos los ramos del saber, reconocía, como si lo hubiera olvidado, mi insignificante representación, en medio de la excitabilidad que a mi espíritu invadía, recreábame en una especie de virtuoso orgullo, de interior satisfacción, porque siempre me he presentado, no a iniciativa propia, y sí en cumplimiento de sacratísimo deber. Hoy, rodeado de tan idénticas circunstancias, más ambiciono reconcentrar ideas y saturarme de aquel virtuoso orgullo para cumplir, acertadamente, la honrosa comisión que nuestro ilustrado Director ha encomendado al Académico que os habla; comisión tanto más honrosa por ser la vez primera que esta Real Academia, en junta pública, y en ocasión tan solemne, procede a la recepción de un Numerario en Toledo, y, en ocasión tan alhagüeña, porque el Sr. D. Alvaro González Saz no viene a ocupar vacante producida por tristísima e irreparable pérdida, si no a posesionarse de la Medalla que pertenecía al Ilmo. Sr. D. Ramón Guerra Cortés, a quien, sus ejemplares virtudes y privilegiadas dotes, lleváronle a desempeñar elevadísimo cargo al Tribunal de la Rota.

Aunque, por fortuna, es muy conocido para todos nosotros

el Sr. D. Alvaro González Saz, fuerza es apuntar algunos de sus datos biográficos para hacer resaltar la aplicación y los entusiasmos artísticos que, durante su vida, han sido su encomiástica característica.

Nació en Madrid el día 13 de Junio de 1883, y una vez graduado de Bachiller en el Instituto del Cardenal Cisneros el día 25 de Junio de 1897, pasó a la Universidad Central, donde cursó la carrera de Ciencias exactas, terminándola el año 1900, a los diecisiete de edad. Mas su vocación artística hubo de guiarle por otros derroteros, y, seguidamente, ingresó en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, en la que conquistó meritísimas calificaciones y diversas recompensas.

De esta simultaneidad de estudios, de esta serie de conocimientos adquiridos, afianzándose, en el espíritu de nuestro recipiendario, las relaciones entre la ciencia y el arte, que, con singular cariño, hábilmente armonizó en la Escuela Central de Arquitectura.

Ya Arquitecto, deseoso de respirar un ambiente artístico y entrañando acendrados anhelos hacia la única Ciudad, que, en piedras y mármoles, en lienzos y tapices, en bronces y maderas, señala el paulatino ayer del arte hispano, en todas las manifestaciones, realiza sus ideales, siendo destinado a Toledo en 10 de Junio de 1911, donde continúa en el cargo de Jefe del Registro Fiscal de la Propiedad Urbana de la provincia.

Esta Real Academia, reconociendo en el Sr. D. Alvaro González Saz entusiastas y plausibles iniciativas, le eligió Correspondiente en sesión de 9 de Septiembre de 1916, y declarada y anunciada una vacante, producida por cambio de residencia del Ilmo. Sr. D. Ramón Guerra Cortés, fué nuestro apadrinado electo Académico Numerario, en sesión celebrada el día 25 de Noviembre de 1917.

Las precedentes indicaciones biográficas, el discurso que

nos ha dado a conocer y los aplausos que le habéis tributado, patentizan la acertada elección de D. Alvaro González Saz. Con ello bastaría a dar por terminada nuestra misión; sin embargo, hay que ir más allá, porque nuestro ilustradísimo Director Sr. Ramírez de Arellano, cual si, como él, poseyéramos filigranas de estilo, sabrosidades de elocuencia y galas de bien decir, nos encargó, por acuerdo y en nombre de esta Real Academia, contestar a la disertación del recipiendario.

Procuraremos desempeñar tan honrosa comisión lo más cumplidamente posible y en brevísimo espacio de tiempo.

*
* *

Por el brillante discurso que nos ha dado a conocer el Sr. González Saz, llégase a la persuasión de que si el complejo del Arte, que en otra edad abarcó el Arquitecto, fué ramificándose, bajo los influjos de una mal entendida emancipación, a pretexto de que las industrias obligan a dividir el trabajo y a especializar aptitudes, también las equivocadas divergencias engendraron, dentro de las ramificaciones constructivas, el divorcio, que paulatinamente se ha ido estableciendo, entre los que tienen la misión de estudiar y proyectar y los que tienen la misión de interpretar y construir.

¿Dónde está el origen de todo ello? ¿Cuál es la causa? La crónica dolencia que nos agobia, y que más y más se acentúa cada día, no obstante las inyecciones y emplastos legislativos que sobre el cuerpo enfermo se aplican, sin adecuado plan curativo, y, por tal, sin la esperanza de que desaparezca la dolencia, de que se haga enseñanza nueva, decisiva, práctica, en todos los órdenes de la Arquitectura; en todos, sí, porque somos más de uno los que padecemos afecciones análogas en esta Nación, donde se legisla por partida doble, y casi siempre a gusto de algunos que pueden gozar de las prebendas que prodigan las Direcciones y Secciones respectivas.

Ilustrados sociólogos hacen resaltar, con sobrada razón, que los estudios que en España se cursan para ejercer las carreras de Arquitecto y sus similares, gozan fama por el rigor que en ellos se despliega y lo mucho que se hace estudiar a los alumnos; mas estas enseñanzas, aun cuando son las más cuidadas en España, perduran en el progresivo y ascendente sistema erróneo de hacer aprender muchas cosas, sin íntima ligación con las aplicaciones de unas y otras ramas, artísticas e industriales, relacionadas con la Arquitectura.

Se aconseja estimular al Arte, para que no decaiga, y a la Ciencia para que salga de su abatimiento; pero se olvida otro punto no menos esencial: el estimular y conseguir, sin asomo de equivocados prejuicios, el más armónico enlace del Arquitecto, civil o militar, con unos bien organizados y clasificados inmediatos auxiliares facultativos, en primer término, y con el escultor, el pintor, el ceramista, el carpintero, el vidriero, el forjador y tantos otros artistas y artífices, de mayor o menor alicurnia constructiva, de cuyas inspiraciones y aptitudes no es dable hacer abstracción.

Concretándonos, y recordando lo que se expuso en el VII Congreso Nacional, celebrado en Sevilla el año anterior, respecto a la influencia del Arquitecto en el desarrollo y orientación de las industrias artísticas y medios para ejercerla, abundamos en aquellas ideas expuestas de que, a medida que cunda la invasión de productos industriales, aumentarán las heterogéneas profesiones en la obra encomendada a los Arquitectos, y más se reducirá el círculo en que puedan desarrollar su labor, «si no se ataja y destruye el absurdo e injustificado criterio vulgar que confina la misión de este facultativo a unos cuantos problemas de mecánica en la construcción de edificios». Porque a eso, sin duda alguna, va a llegarse, y ni eso es el Arquitecto, ni a eso debe recluirle nadie, y mucho menos quien se precie de artista. No hay que

negarle carencia de tal espíritu y menos técnica intervención artístico-industrial.

Al Arquitecto, sí, ha de suponérsele hombre de ciencia; pero dentro de unos límites señalados por el arte, y dentro de los cuales puede moverse ampliamente. Estudia, calcula, proyecta en fin, mas salvados los límites de la ciencia, de la mecánica, penetra en el florido campo del arte, de la decoración, de la expresión vital de la arquitectura, y ya, sin apelar a discutir ecuaciones, ni a demostrar propiedades de curvas, olvidando todo el rigorismo analítico e inflexible que le imponen las matemáticas, a dedicarse al arte por entero; a utilizar, a hacer aplicación de los elementos que le brindan la escultura ornamental, con sus ramificaciones de repujados, estampados, embutidos, tallas, modelados, y la pintura decorativa, con sus derivados en los tapices, mosaicos, esmaltes, vidriados y otros más. En una palabra: proseguir en el campo señalado al Arquitecto de cultivar lo útil unido a lo bello, de imitar lo más fielmente a la Naturaleza, de «hacer Arquitectura».

Una de las conclusiones que se desprenden de cuanto nos ha expuesto el nuevo Académico numerario, pudiera expresarse en la forma siguiente: La Escuela central de Arquitectura remitirá los mejores proyectos, redactados por sus alumnos, a las Escuelas de Artes Industriales y de Artes y Oficios, para que los obreros alumnos de éstas desarrollen aquellos proyectos. Es decir, se modificará la enseñanza, se relacionará mutuamente al Arquitecto y al Artista.

¡Encantadora y factible proposición!

Encantadora proposición, porque tiende a convertir la Escuela en Taller-Escuela, en lo que deben ser esos Centros, creados en pro de la cultura técnico-práctica-industrial del obrero.

Encantadora y factible proposición, recordando que los verdaderos artistas comienzan su cultura profesional, gene-

ralmente, en las Escuelas Industriales y de Artes y Oficios, abundando en la elogiada idea de que en ellas «se aprende a hacer haciendo» y de que no es suficiente la rutinaria perseverancia. Los que a esos Centros de cultura asisten, deseosos de hacer del arte una profesión que, en su día, con completo conocimiento, aporte materiales y elementos a la obra arquitectónica, merecedores son de especiales atenciones y encauzadoras enseñanzas, para que, como justo premio a sus anhelos y aptitudes, todos, lo mismo el laureado escultor que el modesto albañil, el inspirado pintor que el inteligente ebanista, el infatigable forjador que el pacientísimo orfebre, todos cooperen y se sometan a la construcción de un edificio suntuoso o sencillo; todos ejecuten sus trabajos conforme a las líneas del proyecto.

Los Arquitectos también sustentan la misma idea antes indicada. Pues, si unos y otros señalan iguales rumbos, hora es ya que ese paralelismo acabe para converger en un solo punto: en el que «se aprenda a hacer haciendo». Que se consorcien el Arquitecto y el Artista; que el alumno Arquitecto estudie y proyecte y que el incipiente Artista interprete y ejecute; y de esa manera, sin imperativas limitaciones, y con libertades de inspiración, llegaríase a un brillante dominio en la redacción de los proyectos y en la factibilidad de su realización, con previos señalamientos de errores y despertar de iniciativas; pero con estimuladores encauzamientos hacia el amoroso tríptico de la técnica-artístico-industrial; hacia el anhelado alborar de un resurgimiento patrio.

Y decimos de un resurgimiento patrio, porque, si la agricultura, la industria y el comercio, son fuentes de riqueza de una Nación, España, nuestra amada Patria, nos brindó siempre, y nos ha legado, de todos los siglos, manantiales fecundísimos de inagotables tesoros con su envidiado arte.

Recuérdese que, aun cuando «en la esfera de la ciencia el nombre de España queda desairado en certámenes y concur-

sos, en la esfera del arte, según mi modesta opinión, ocupa el segundo o el primer lugar, porque en algunos momentos aventaja a la misma maestra, a la gran Italia» (1). Y pues pertenecemos a una raza de privilegiada imaginación para las creaciones del arte y poseemos despierta inteligencia para la asimilación de cuanto engendra la ciencia y la industria, estas especialísimas circunstancias hay que aprovechar al efecto de conseguir una «preparación tecnológica de las industrias artísticas, cada vez más necesaria para la formación integral del Arquitecto»; para que con las tradiciones y genio de nuestra raza hacer arte, arte español, cultivando en las Escuelas de Artes e Industrias la especialidad más relacionada con los materiales, usos y costumbres de cada región, reforzando y completando la cultura técnico-artístico-industrial del Arquitecto, al unísono con la de cuantos profesan un arte o un oficio relacionado con la Arquitectura; para hallar la modalidad artística que debe reflejarse en toda construcción y para que no queden condenados a la más abominable infecundidad, la labor del Arquitecto y el trabajo del artista.

¿Cuándo columbraron las artes todas esplendorosas actividades?

Hay que volver los ojos al pasado para responder a esta pregunta, que tantas veces se ha formulado en Congresos de Arquitectura. Porque es innegable que columbraron esplendores las artes en aquella hermosa edad en que la Religión, la Ciencia y el Arte, íntimamente ligadas, contribuían a las bellas relaciones, engendradoras del poderoso elemento de la moral perfección y de la espiritual alegría, del arte en sí; de ese tan poderoso elemento del humano vivir, que, acompañándonos desde la cuna al sepulcro, en constante contra-

(1) John Chamberlain. *El Atraso de España*. Pág. 184.

posición con la vida real, eleva nuestra fantasía a la vida ideal, y, embebeciéndonos en la contemplación de lo infinito y de lo absoluto, sirve de contrapeso a la negación de lo absoluto y de lo finito a que tiende la existencia terrena y grosera de la vida puramente física» (1).

Columbraron, en fin, las arquitecturas exuberancias esplendorosas en el transcurso de aquellos faustos días de fe triunfante y arrobadora caballeridad, en que la Escultura y la Pintura, en todas sus manifestaciones, cooperaban, disciplinadas, a que su hermana mayor, la Arquitectura, realizara el completo ideal de divinizar el Arte, de erigir envidiados monumentos.

Tenemos el preciado ejemplo dentro de casa. No es preciso efectuar viajes de instrucción a extrañas regiones, porque, a cien metros de esta Sala Capitular, se hiergue una envidiada joya que responde a la pregunta formulada.

Sólo con la Catedral de Toledo señalase, de manera excelsa, la amorosa confraternidad artística de la Arquitectura, Pintura y Escultura, a quien debe Toledo, y, con Toledo, España entera, la pompa, la elegancia, la característica de cuanto al arte se refiere. Con las filigranas mudéjares, con las espiritualidades góticas, con las opulencias platerescas, con las majestuosidades renacientes, con las austeridades greco-romanas, doquiera se mire, se reflejan eslabonadas, mejor dicho, fraternizadas, las obras de aquella pléyade de artistas, de todos los ramos, precursores y continuadores de los venturosos derroteros trazados por el inteligente Egas, por el ilustre Covarrubias, por el sobrio Villalpando, por el severo Herrera, por el inspirado Berruguete, por el genial Theotocópuli; todos ellos toledanos por adopción y que marcaron una actividad esplendorosa en

“días dulces y alegres cuando Dios quería.”

(1) Canalejas: *Curso de Literatura*. Parte primera, pág. 102.

Llegó un día que de Toledo desaparecieron palaciegos y oropeles cortesanos.

Años después terminaron las obras del Alcázar de Carlos I, sin que se hubiera logrado que el gran Emperador pisara las gradas de la amplia escalera del palacio en su honor erigido.

Con el traslado de la Corte agonizaron algunas industrias toledanas; pero las del orden artístico, las enlazadas con la Arquitectura, continuaron en auge.

Y se comprende. Quedó aquí el gran Taller-Escuela de la magna Catedral Primada; de la decidida protectora de los artistas que se habían producido en Toledo, y que, bajo las naves de la suntuosa Iglesia del pueblo donde vieron la luz primera, Arquitectos como Juan Bautista Monegro y Jorge Manuel Theotocópuli, escultores cual Nicolás Vergara, pintores de la talla de Luis Tristán y Blas de Prado y miles más que integraron la artística falange, todos, amparados por la esplendorosa madre de las artes, concebían y trabajaban, unidos y hermanados: arquitectos y pintores, imagineros y grabadores, vidrieros y orfebres, tapiceros e iluminadores.

Y, un siglo más tarde, cuando ni por asomo recordaba ya Toledo del influjo de la Corte, ni cuando desgraciadamente ya la Catedral podía disponer de aquel monetario tesoro, aún los Prelados de Toledo perseveraban en la decidida protección de divinizar el arte, y, a sus estímulos, los hijos de la ciudad preclara, también con decidida constancia y entrañable fe, convivían fraternalmente, rindiendo homenaje a todas las manifestaciones artísticas, procurando espléndidos días para las tres nobles artes hermanas, madres a su vez de las apellidadas secundarias e industriales, profesadas por expertos rejeros, aventajados ceramistas, hábiles decoradores e inteligentes mueblistas.

Toledo, que a tan esplendoroso auge elevó las Bellas Artes, y tanto contribuyó al cultivo y desarrollo de las Industrias Artísticas y de las Artes Industriales, bien merecía haber sido la ciudad preferida para establecer en su artístico e histórico recinto la primera Escuela Superior de Artes e Industrias de España.

Esta merecida distinción, que por derecho propio correspondía al abolengo histórico-artístico de Toledo, quedó reducida a asignarla una Escuela de Artes y Oficios, como si el ambiente que se respira en Toledo y las Artes e Industrias que a esta ciudad son esencialmente clásicas, resultaran, en un todo, análogas a la de otra ciudad o capital de provincia. Consecuencia de ese genuino sistema de legislar en general, y que por igual conceptúa a Toledo que a Almería, por ejemplo, dentro de los programas educativos de las Artes y de los Oficios Industriales.

Esto nos viene a recordar algo de lo que, hace dos años, en respetuosa instancia, solicitó del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el Centro de Sociedades Obreras de Toledo.

En aquella súplica, que desconocemos alcanzara el honor de ser atendida, hacíase resaltar que la Escuela de Artes y Oficios de Toledo debería regirse por una reglamentación especial, un tanto más amplia, que la legislada en general para estos Centros de enseñanza, si ha de cumplir el fin para que fué creada, porque a esas variantes obligan, preferentemente: las condiciones histórico-artísticas de Toledo; el especial sistema de construcción que perdura en la ciudad; la heterogeneidad de profesiones que eslabonan la vida del obrero en Toledo, desde los damasquinadores, armeros, cartucheros y forjadores, pasando por las ramificaciones de la construcción, hasta llegar a los obreros agrícolas, anhelantes, todos, de cultura teórico-práctica, íntimamente aplicada al oficio habitual que ejercen, para ser tan útiles brazos a

la Patria, cual sagrados cumplidores de los deberes de familia.»

En suma; mucho taller, muchas prácticas, al par que se modela, paulatinamente, la inteligencia del obrero, aportando hasta él conocimientos del campo científico, de una manera tecnológica, fácil, aplicada inmediatamente al arte o al oficio que el alumno profese; hablando, explicando al obrero, casi «en el lenguaje que le es peculiar»; etc., etc.

Mas si Toledo cuenta tan sólo con una, oficialmente modesta, Escuela de Artes y Oficios, que ha de procurarse, porque ello es preciso, transformarla, convenientemente, en Escuela-Taller de Artes y Oficios Industriales, cuenta con un tan brillante claustro de profesores que, si más elocuentemente no la hubiera proclamado hace tres años la altísima y preciada recompensa conquistada en Exposición Nacional de Artes Decorativas, el acto de hoy, con la concesión de premios conferidos por esta Real Academia a los obreros-alumnos que cursan en los talleres de dicha Escuela, corrobora cuanto es de esperar de tan docto y laborioso centro cultural en pro de las Artes Industriales, en particular de las genuinamente toledanas.

Pues si a la inteligencia y laboriosidad demostrada por los Sres. Profesores de la Escuela de Toledo, únese la encantadora circunstancia de que, en su mayoría, pertenecen como Numerarios a esta Real Academia, dado el entrañable cariño y decidido concurso que dentro de una y otra entidad dispensan, en todo momento, a facilitar, de agradabilísima manera, la cultura técnico-artístico-industrial, puede acariarse la consoladora esperanza de que, en breve plazo, patrocinada por todos, la concreta idea expuesta por el beneficiario será fecunda semilla para el florecer de una acertadísima y bien orientada enseñanza de la Arquitectura y sus auxiliares profesiones, técnicas, artísticas e industriales.

Por ello, este Académico que os habla, el de menor valía

entre los que integran esta Real Academia, siéntese un tanto optimista, y considera el día de hoy cual alborada de grandes y bellos auspicios para la cultura patria; como el augusto ayer, de un brillante mañana, en que Toledo, volviendo por sus fueros, sea el privilegiado foco de donde irradien enviados destellos de artístico saber, hacia los poéticos campos de las Bellas Artes, de las Industrias Artísticas y de las Artes Industriales.

*
* *

Dispensadme que tan largo espacio de tiempo haya invertido en mi desaliñada peroración, tan sólo influenciada por el acendrado cariño que profeso al Toledo histórico-artístico, y por la efusiva alegría que me produce el acto de recibir en nuestra Corporación a mi buen amigo, el entusiasta Arquitecto D. Alvaro González Saz, de cuya juventud, ilustración y entusiasmos, tanta eficaz cooperación espera alcanzar esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, en cuyo nombre tengo el alto honor de darle la más sincera bienvenida y el más fraternal abrazo.

HE DICHO.

Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo



